

JOSÉ ANTONIO GARCÍA, S.J.

La Restauración de la Compañía de Jesús Memoria y Misión

2014

Era el 7 de agosto de 1814. Ese día el papa Pío VII, acompañado de una solemne comitiva, se dirigió a la iglesia del Gesù, en cuyo altar mayor, dedicado a san Ignacio, celebró la eucaristía. Poco después, y tras un breve desayuno, pasó a una capilla interior del colegio, donde mandó leer la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum* por la que se restauraba la Compañía de Jesús en todo el mundo. En aquel acto estaban presentes unos 150 jesuitas, todos ellos mayores y procedentes de diversos países europeos. Entre ellos figuraba el famoso P. Manuel Luengo, quien en su monumental *Diario de la expulsión de los jesuitas* nos dejó una crónica exhaustiva de la vida y padecimientos de los expulsos hasta aquel preciso momento. Desde la abolición de la Compañía, el 21 de julio de 1773 por el papa Clemente XIV hasta ese día, habían pasado 41 años y 17 días.

Estamos a las puertas del segundo centenario de aquel acontecimiento y es deseo del P. General que no nos pase inadvertido. ¿Por qué no podríamos olvidarlo? ¿Qué se espera que produzca en nosotros esta conmemoración?

La Compañía de Jesús es, en la Iglesia, una “comunidad de memoria”. Una comunidad de memoria como la Compañía vive del acontecimiento de gracia que la hizo nacer. De aquel carisma originario que el Señor regaló a su Iglesia a través de san Ignacio y sus primeros compañeros. De esa *memoria fundante y creativa* se alimenta la Compañía hoy y siempre, solo que para ser así una comunidad de memoria necesita narrarse a sí misma continuamente, contarse su historia: sus hechos gloriosos y sus equivocaciones, los sufrimientos que padeció y también los que infligió a otras comunidades vecinas. Necesita recordar a aquellos “jesuitas ejemplares”, que en circunstancias favorables o adversas mantuvieron la llama original y experimentaron su pertenencia a la Compañía como “un camino hacia Dios”, incluso cuando creerlo así no era ya evidente. Sin ese ejercicio creativo del

recuerdo (“re-cordar” significa “volver a pasar por el corazón”), las comunidades de memoria corren el peligro de diluirse en la colectividad, olvidando quiénes son, el por qué y para qué de su existencia en la Iglesia y en el mundo.

No recordamos, por tanto, una fecha. Recordamos un acontecimiento histórico y, en él, a unos compañeros jesuitas de cuya fidelidad y heroísmo tenemos mucho que aprender. También de sus equivocaciones.

Este año habrá, sin duda, en toda la Compañía, muchas celebraciones que conmemoren aquel 7 de agosto de 1814: congresos, publicaciones, conferencias y charlas, en las que se analicen las causas y los efectos, tanto de la extinción de la Compañía como de su restauración. Bienvenidas sean tales iniciativas, porque sobre ese período de nuestra historia los jesuitas en general sabemos bastante poco. Nos ayudarán, sin duda, a situar los hechos en un primer plano, a “traer la historia”, como quiere san Ignacio, para poder más tarde, “reflexionando, sacar algún provecho”. ¿Cómo? ¿A través de qué medios?

A este texto no le compete dar a conocer los hechos que rodearon el restablecimiento de la Compañía. Su propósito entronca más bien con el objetivo expresado por el P. General: “Promover una reflexión orante sobre nuestro pasado que haga posible un servicio más eficaz en el futuro... Aprender de las luces y sombras de nuestro pasado con el fin de percibir con mayor claridad y entregarnos con mayor generosidad a lo que el Señor pide de nosotros en el momento presente”. Ahí queremos situarnos, conscientes de que el fruto que produzcan las conmemoraciones de este año sólo podrá medirse por los procesos de renovación que se dinamicen hoy en la Compañía y en cada uno de nosotros.

1.

“Remeros esforzados y valerosos”

La bula por la que el papa Pío VII restauraba la Compañía de Jesús decía entre otras cosas:

“Por lo tanto, nosotros nos creíamos reos de gravísimo delito en presencia del Señor si, en necesidad tan grave de la cosa pública, desatendiésemos la realización de aquellas ayudas saludables que Dios, con singular providencia, nos provee, y si, colocados en la barca de Pedro agitada y sacudida por continuas vorágines, rechazáramos a *remeros expertos y valerosos*, que se ofrecen a romper las olas del piélago, que en cada momento nos amenazan con el naufragio y la ruina”.

La supresión de la Compañía había supuesto para las Iglesias de toda Europa y las colonias de América Latina una pérdida de consecuencias incalculables, sobre todo en el campo de la educación de la juventud y la defensa del cristianismo. Basten para confirmarlo las siguientes cifras:

- En el momento que comienzan las expulsiones de Portugal, Francia y España, la Compañía universal contaba con unos 23.000 jesuitas. Cuando es restaurada, son unos 600, dispersos por Rusia y las dos Sicilias.
- Las expulsiones y posterior supresión de la Compañía supusieron el cierre de unos 700 colegios repartidos por tres continentes. Con ellas se vinieron abajo igualmente las famosas reducciones de América Latina.

- Por ceñirnos a la Asistencia de España, la noche del 2 de abril de 1767, no menos de 5.346 jesuitas (2.740 de la metrópoli y 2.606 de Hispanoamérica y Filipinas) fueron apresados y conducidos a los puertos previamente designados a cada grupo.

Los resultados de una medida tan injusta no se hicieron esperar: la Iglesia se vio privada, en aquellos momentos de gran turbulencia, de muchos de sus hombres mejor preparados, y la sociedad civil, de quienes habían sido los educadores de su juventud.

No es extraño entonces que a través de toda Europa fueran surgiendo voces que reclamaban la vuelta de los jesuitas con el fin de rellenar los huecos producidos por su extinción. La bula de Pío VII se apoya una y otra vez en el argumento de que la restauración de la Compañía la estaban solicitando todas las Iglesias. Es como su *leit motiv*:

“Urgentes y apremiantes solicitudes para la restauración de la misma Compañía de Jesús, *con unánime consenso de casi todo el mundo cristiano* nos llegan cada día de nuestros venerables hermanos arzobispos y obispos, y de las órdenes y sectores de todos los personajes insignes, especialmente desde que se difunde por todos lados la fama de los frutos fértiles que esta Sociedad había producido en las mencionadas regiones [Rusia y las dos Sicilias].

Deseosos de satisfacer el deber de nuestro trabajo pastoral, tan pronto como [...] nos presentaron su petición en la cual suplicaban nuestra autorización para permanecer unidos en un solo cuerpo, y así, según su institución, emplearse más ágilmente en *instruir a la juventud en las cuestiones de la fe, y en educarla a las buenas costumbres, ejercitar el oficio de la predicación, escuchar las confesiones y administrar los otros sacramentos*, nosotros juzgamos oportuno consentir su solicitud”.

Con ese propósito fue restaurada la Compañía de Jesús. Para esa finalidad se llamaba nuevamente a sus filas a esos “remeros esforzados y valerosos” que durante más de 40 años habían sido orillados de la barca de la Iglesia. Era una invitación a que volvieran a ser, en pleno siglo XIX, lo mismo que habían sido hasta pasada la primera mitad del XVIII, lo cual, como veremos más adelante, no estaba exento de peligrosas ambigüedades.



2.

Medio siglo de travesía por el desierto.

¿Por qué fuimos expulsados y suprimidos?

No faltaron voces en Europa que achacaban los males producidos por la Revolución francesa a las sucesivas expulsiones de los jesuitas y a su posterior cuasi-extinción. De ahí que esas mismas voces reclamaran desde muy temprano la vuelta de los jesuitas como “fuerza de choque” de la restauración política y religiosa posterior a dicha revolución; como paladines de la nueva alianza entre el trono y el altar. ¿Qué impulsó entonces a los reyes borbónicos a expulsar de sus territorios a la Compañía, y al Papa a suprimirla, si medio siglo después ambos poderes van a suplicarle que vuelva?

Hoy sabemos muy bien que las causas que llevaron a la supresión de la Compañía de Jesús fueron muy complejas. Unas estaban fuera de ella, otras dentro. Más que motivaciones estrictamente religiosas fueron motivaciones políticas las que promovieron y llevaron a aquel desenlace. Como dijimos al comienzo, no nos toca aquí analizarlas al detalle, pero sí mencionarlas, ya que difícilmente podríamos aprender de ellas sin tenerlas muy presentes.

Desde fuera de la Compañía influyeron en su supresión los hechos siguientes:

- El nacimiento del Estado moderno (centralista, laico, nacionalista) impulsado por la Era de

las Luces y la Revolución francesa; los distintos regalismos; el movimiento jansenista, etc. Todos ellos verán en los jesuitas el principal obstáculo para sus planes. A su juicio, ejercían un poder excesivo en la sociedad a través de la educación, de su influencia en las cortes, de su laxismo o de su inquebrantable fidelidad al Papa, según los casos.

- A los jesuitas se vinculaba la defensa de la tesis del regicidio, aspecto éste que algunos monarcas de Europa vivían con auténtico pánico.
- Las reducciones en América del Sur eran vistas como un ataque directo a la soberanía de los monarcas de Portugal y España.
- Etc...

La clave de esta oposición –dice un autor moderno– no hay que buscarla en la “filosofía”, sino en la “política”. Por tradición y formación, los jesuitas eran ilustrados y universalistas, como lo eran los filósofos de la Enciclopedia, pero los intereses “políticos” de los ilustrados iban por un camino nuevo, distinto al del pasado. Sin la presión política no se habría dado la supresión de la Compañía. Clemente XIV se vio en un auténtico dilema: o bien privar a la Iglesia de su mayor fuerza organizada, yendo además contra dos siglos de continuas aprobaciones de los papas, o bien exponerse a que los lazos de Roma con Lisboa, París y Madrid colapsaran...

Existieron también otras causas internas, es decir, radicadas en el modo de ser y actuar de la propia Compañía. “Los jesuitas podemos estar agradecidos y orgullosos de los cinco siglos de existencia en servicio de la Iglesia y del mundo, pero sin necesidad de ocultar igualmente nuestras sombras”. Por ejemplo, y expresado en forma de preguntas:

- ¿No acumuló la Compañía un excesivo poder espiritual y mundano, por el que fue vista como una institución prepotente y engreída, odiosa para otros poderes fácticos del momento? “A






fuerza de hacerse mundanos [los jesuitas] son destruidos por el mundo”, afirma un historiador que, por otra parte, no oculta su admiración por la Compañía.

- ¿No utilizó en ocasiones su mayor nivel cultural y sus éxitos apostólicos para desprestigiar a otras congregaciones religiosas de un modo poco o nada evangélico? En el siglo XVIII disminuyen las vocaciones de todas las órdenes religiosas, a excepción de los cartujos y franciscanos de la estricta observancia, y de los jesuitas. En medio de tal panorama, la Compañía de Jesús cuenta en 1750 con 22.500 jesuitas esparcidos por todo el mundo y no cesa de crecer. También de éxito se puede enfermar e incluso morir...
- ¿Ricos y soberbios, además de inteligentes? Ese tópico popular bajo el que hemos sido conocidos durante siglos puede ser rechazado sin más o, por el contrario, transformarse en pregunta. ¿Se trata únicamente de un mito o de uno de esos estereotipos contruidos sobre cierta base real?





¿Cómo es la Compañía que renace de sus cenizas en 1814, esa “segunda Compañía” cuya duración se extiende hasta el Vaticano II y el P. Arrupe?

Vaya por delante que contraponer sin más y de un modo tajante la segunda Compañía a la primera –en demérito de aquélla, por supuesto– parece injusto. Tal contraposición no tiene en cuenta ni las circunstancias históricas de la vuelta de los jesuitas, ni sus avanzadas edades y el enorme sufrimiento físico y moral al que habían sido sometidos injustamente, ni tampoco la creatividad apostólica que, pasados los primeros tanteos, pusieron en juego aquellos hermanos nuestros.

Se trataba de un grupo de unos 600 jesuitas que sobrevivieron en Rusia, más los que, una vez restaurada la Compañía, volvieron a ella, la mayoría de los cuales eran de edad avanzada o estaban ya más para morir que para emprender nuevas aventuras.

Eso es lo verdaderamente admirable, lo que llama la atención, lo que nos interpela hoy: que una Compañía así de pequeña y envejecida volviera a renacer con la fuerza del carisma y modo de proceder con que san Ignacio la había dotado en 1540, y que volviera a suscitar tantos seguidores. En 1820, fecha de la primera Congregación General de la Compañía restaurada, los jesuitas son ya 1.308: 503 sacerdotes, 322 hermanos y 482 escolares.

3.

La Compañía restaurada

Dicho lo anterior, hemos de reconocer con igual sinceridad que la “segunda Compañía” renace muy condicionada por el *trauma del desierto* que acaban de atravesar y también por el *clima de restauración política y eclesial* en el que reaparece. Más aún, para servicio de la cual restauración reclaman su presencia tanto las jerarquías eclesiásticas como las seculares.

¿Podía en tales circunstancias reaccionar la Compañía de otra manera? ¿Tenemos derecho a exigirle que lo hubiera hecho? Lo cierto es que la restauración política y eclesial se llevó a cabo en contra de los valores emergentes de la nueva Europa, y que la Compañía se convirtió en fuerza de choque de dicha restauración sin acertar a discernir –tal vez sin poder hacerlo– los valores que aportaba aquella nueva comprensión del hombre y sus libertades; las aspiraciones democráticas que impulsaba y la necesaria separación de Iglesia y Estado que postulaba.

Así pues, podríamos afirmar que:

- La Restauración política y eclesial se llevó a cabo, en gran medida, contra la revolución y el siglo de las Luces, y que la restauración de la Compañía se inserta en ese movimiento reactivo.
- Las penalidades sufridas incapacitaron a los jesuitas para ver los valores de justicia y libertad expandidos por la Revolución francesa y la Ilustración.
- Esta reacción cuasi natural los llevó a identificarse –o al menos así fueron vistos por muchos– con un orden político que estaba desapareciendo de Europa. “Durante todo el siglo XIX, y a menudo no sin razón, el nombre de los jesuitas se convierte en sinónimo de reacción y conservadurismo”; en aliados del Antiguo Régimen caracterizado por las monarquías absolutistas y la alianza del trono y el altar.
- Como afirma un ilustre jesuita refiriéndose al caso francés, los jesuitas “vivían todavía del re-

cuerdo de los reinados de Luis XIII y Luis XIV; mantenían la ilusión de disfrutar de las mismas protecciones bajo los Borbones que los habían traicionado, sin percibir hasta qué punto la sociedad francesa había cambiado bajo la influencia de los filósofos, de la Revolución y del Imperio” (J.-C. Dhôtel).

- Desgraciadamente, y como consecuencia de lo anterior –añade un historiador del ámbito anglosajón-, “los jesuitas no se distinguieron en crear para la Iglesia un *aggiornamento* en el área del pensamiento católico” (W. Bangert), al menos hasta finales del XIX en que las cosas comenzaron a cambiar.
- “La cuna en que renace la Compañía –afirma otro jesuita historiador, esta vez español– es políticamente antiliberal, sociológicamente conservadora y religiosamente apologética. Esto condicionará su espíritu durante muchos años. Este espíritu buscaba en general más seguridades en las costumbres establecidas y hallar respuestas en las doctrinas tradicionales, que afrontar riesgos de nuevas experiencias, amigos y compromisos” (M. Revuelta).

¿Sólo sombras? No sería justo. Los jesuitas restaurados despliegan una vitalidad y una creatividad realmente sorprendentes si tenemos en cuenta su número y la situación corporal y anímica en la que renacen. Algunas muestras de esa increíble vitalidad pueden rastrearse en su rápido crecimiento demográfico; en su vuelta a las misiones de América y Filipinas; en la multiplicación y equipamiento de los colegios... Todo ello nacido de una espiritualidad ardiente y expansiva, de una fortaleza y capacidad de surgir de la nada que hoy nos parecen increíbles, de una fe inquebrantable en la providencia de Dios y de un testimonio de vida que los hacía atractivos y admirables.



4.

Aprendizajes necesarios, hoy

Escribe el P. General: "Hoy, 200 años después, los jesuitas deseamos aprender de las luces y sombras de nuestro pasado, con el fin de percibir con mayor claridad y entregarnos con más generosidad a lo que el Señor pide de nosotros en el momento presente". ¿Cuáles serían los aprendizajes fundamentales de lo que ocurrió hace dos siglos, capaces de inspirar nuestro presente y nuestro futuro? He aquí algunos de lo que consideramos más esenciales:

1º. Que la confianza radical en Dios y en la Compañía como camino hacia Él sea la auténtica fuente de esperanza y de dinamización apostólica en estos tiempos difíciles que nos toca vivir

De aquellos hermanos nuestros llama poderosamente la atención su arraigada fe y confianza en Dios, puestas mil veces a prueba; su obediencia incondicional a una decisión emanada de quien más podía dolerles: el Papa; su perseverancia en la Compañía, que seguían viendo como el camino de Dios para ellos aun en momentos "del dolor más grande"; su capacidad de sobrevivir con lo fundamental, siempre dispuestos a hacer de nuevo las maletas; su fervor y dinamismo apostólico; su "pasar página" y comenzar de nuevo sin quedar presos del pasado o pasar factura por la injusticia sufrida...

Hoy, 200 años después, volvemos a ser una única provincia jesuítica en España, como ellos. Como ellos también, somos muchos más los jesuitas mayores que los jóvenes. El panorama apostólico que tenemos por delante es enorme, como el de ellos. Si ellos sufrieron una supresión jurídica, la nuestra se parece más a una supresión cultural...

¿Tendremos también su misma fe-confianza, que nos lleve a vivir pegados a Jesucristo y desde Él a desvivirnos por su proyecto? ¿Heredaremos de ellos “la capacidad de entroncar con los ideales de san Ignacio y los primeros jesuitas, reconstruyendo lo nuevo a partir de lo mejor del pasado”? ¿Qué papel van a jugar en la nueva situación las expectativas de cada uno o de cada antigua provincia? ¿Serán ellas o Dios y su Reino el horizonte de pensamiento y actuación de todos, libres de nuestros apegos personales, culturales, políticos o de cualquier otro tipo?

2º. Una creatividad apostólica y un estilo de vida personal y comunitario que despierten seguidores.

¿Qué explica aquella floración de vocaciones a la Compañía a pesar de las reiteradas expulsiones que marcaron la vida de los jesuitas en nuestro país y de la escasez de vocaciones en otras familias religiosas? Las causas son complejas, pero entre ellas habría que señalar las que ya hemos reseñado: el fervor ardiente y expansivo de aquellos nuevos jesuitas, el amor a la Compañía y la cohesión fraterna entre sus miembros, todo lo cual les dotó de una capacidad inmensa para afrontar las adversidades sin dejarse vencer por ellas. Siempre con las maletas preparadas, siempre dispuesto a recomenzar...

Eso explica, junto con otras causas externas, que la Compañía restaurada, siguiendo el modelo de la primera Compañía, floreciera en obras que habían constituido su gloria, como los colegios, la predicación y las misiones. Y también en otras de tipo devocional, dirigidas más directamente a las necesidades espirituales de la gente y a la re-cristianización de las masas.



Ambos factores unidos –la visibilidad cultural, por una parte, de un Cuerpo apostólico de jesuitas unidos, cohesionados, valientes, llenos de fe y celo evangélico y, por otra parte, fieles al carisma ignaciano y creativos en el mundo que les tocaba vivir– estuvo sin duda en la base de su rápida expansión a lo largo del siglo XIX y primera mitad del XX. Eso les hacía atractivos para muchos jóvenes y suscitaba el deseo de seguir a Jesús según su estilo de vida.

En este panorama no faltaron, como ya hemos indicado, las sombras, pero los jesuitas de hoy podríamos preguntarnos si el secreto de las nuevas vocaciones no tendrá que ver con la re-encarnación en un contexto nuevo de esas dos características aludidas. Primera: una mayor cohesión corporativa y visibilidad cultural como Cuerpo religioso y apostólico, nacidas ambas de la fe y el carisma ignaciano. Segunda: una mayor y más fina mirada al mundo para que podamos comunicarle la alegría del Evangelio de modos siempre más inculturados y creativos.

3º. Un discernimiento apostólico que nos libre de caer en la trampa de ciertas alianzas que no responden a lo que Dios quiere de nosotros, sino a otros intereses espurios.

Seguramente la equivocación mayor de la Compañía restaurada fue su miopía, su falta de visión histórica. Es posible que, dada “la cuna política y eclesial en que renacía”, no pudiera ser de otra manera, pero la verdad es en aquel momento histórico careció del discernimiento espiritual necesario: estaba naciendo una nueva cultura que promovía los valores de la libertad, la justicia y la democracia y, sin embargo, la Compañía se alió con las fuerzas del antiguo régimen, cuyo objetivo consistía en restaurar un pasado caduco.

¿Era necesario que sucediera así, es decir, que los jesuitas “se transformaran en peones del conservadurismo borbón y romano, en militantes de la alianza del trono y el altar, en propagandistas de la Restauración, en guardianes de orden establecido..., ellos que habían dado al mundo un modelo de plasticidad creadora; que se habían converti-

do en pioneros del humanismo occidental en tres continentes; que habían sabido inventar en tantas latitudes el intercambio cultural igualitario y el respeto por el otro”? “¿Era [la Compañía] tan poco diestra en el uso del discernimiento ignaciano que fue incapaz de distinguir lo que en la herencia de la Luces era la gloria de Dios?”, se pregunta en su conocida y laudatoria obra *Los jesuitas* el periodista e historiador J. Lacouture.

Si queremos aprender algo de lo que sucedió entonces, los jesuitas modernos tendremos que estar muy atentos a todo tipo de alianza con los actuales *lobbies* de poder, sobre todo en los momentos de dificultades internas o apostólicas. Ni todos quienes nos alaban o requieren nuestra colaboración son, sin más, propulsores de una historia mejor, ni quienes nos critican han de estar necesariamente equivocados. Tampoco al revés, es cierto, pero en todo caso una cosa se impone: la necesidad de que nos tomemos más en serio el discernimiento apostólico, ese ejercicio espiritual que pertenece al acervo más valioso de nuestra herencia ignaciana. Sin ese ejercicio, nuestros pactos con un mundo injusto podrían repetirse de nuevo.



Terminamos con las palabras del P. General: “Contemplando este hito de nuestra historia como Compañía, demos humildemente gracias a Dios porque nuestra mínima Compañía sigue existiendo: porque nosotros mismos, miembros de la Compañía, seguimos encontrando en la espiritualidad de San Ignacio un camino hacia Dios; porque seguimos creciendo gracias al apoyo y el estímulo de nuestros hermanos *en comunidad*, porque experimentamos aún el privilegio y el gozo de servir a la Iglesia y al mundo, especialmente a los más necesitados, por medio de *nuestros ministerios*. Pido a Dios que la conmemoración agradecida de este 200 aniversario de la restauración de la Compañía sea bendecida por una más profunda asimilación de nuestro modo de vida y por el compromiso cada vez más creativo, generoso y alegre de entregar nuestras vidas al servicio de la mayor gloria de Dios”.





jsu
Jesuitas
Provincial de España